



Conversión de San Pablo 2008

Oración por la Unidad de los Cristianos

Lecturas: Hch 9, 1-22; 1 Co 7, 29-31; Mc 16,15-18

La llamada de Saulo es un acontecimiento de la mayor importancia para la propagación del Evangelio por todo el mundo y a toda criatura, según el mandato de Jesús resucitado a los once apóstoles, que hemos escuchado en el texto hoy proclamado del Evangelio de Marcos. En efecto, esta proclamación llevaría consigo la superación de los límites del ámbito judío y la afirmación de la salvación no por la observancia de la ley de Moisés, sino por la fe en Cristo. Y en relación con estos aspectos fue decisiva la enseñanza de Pablo. El texto del Evangelio de Marcos revela la misma enseñanza que Pablo ha predicado y defendido: El contenido del mandato misionero, que los apóstoles han de anunciar, es el Evangelio de Cristo. La salvación sólo se alcanza por la fe en este Evangelio, seguida del bautismo.

La historia de la llamada de Saulo, que Lucas describe en los Hechos de los Apóstoles en tres ocasiones (en los capítulos 9, 1-19; 22, 1-16 y 26, 9-18), no es una narración de su conversión como experiencia psicológica personal, como pudo serlo la de S. Agustín, sino la historia de cómo la gracia de Cristo resucitado transforma incluso la vida de un perseguidor. El episodio narra una **manifestación del Hijo de Dios** que marca para siempre la conciencia de Pablo con la convicción de la necesidad de la fe en Cristo como medio de salvación para todos los hombres. El texto refiere cómo el poder de Cristo resucitado transforma al encarnizado perseguidor de la Iglesia en su más ardiente defensor y en su más destacado testigo; y cómo Cristo mismo instruye a Ananías sobre el significado de la llamada de Saulo: *“Ese hombre es un instrumento elegido por mí para dar a conocer mi nombre a pueblos y reyes, y a los israelitas. Yo le enseñaré lo que tiene que sufrir por mi nombre”* (9,15-16). Saulo es así el vaso de elección, escogido por el mismo Cristo, para dar testimonio hasta el confín de la tierra. Pablo ha sido llamado a reconocer a Jesús, crucificado como rey de los judíos y manifestado a él con la gloria del resucitado, como el Mesías esperado por Israel; y es mostrado enseguida anunciando en la sinagoga que Jesús es el Hijo de Dios y que Jesús es el Mesías (Hch 9, 20.22). Aparece así cómo la llamada de Pablo ha llevado consigo una verdadera conversión.

La vocación de Pablo es el único episodio del Nuevo Testamento que refiere una aparición de Cristo resucitado después de Pentecostés. En la primera carta a los Corintios 15, 8, Pablo habla de esta aparición de Cristo y la relaciona con las apariciones a otros antes de Pentecostés, como forma de insistir en su derecho a ser llamado apóstol (cf 1 Co 9, 1-2).

La manifestación de Jesús a Pablo en los relatos de los Hechos de los Apóstoles (*“Yo soy Jesús a quien tú persigues”*) es la forma en que Lucas cuenta la misma experiencia que Pablo describe en sus cartas (Gal 1, 11-16; Flp 3, 6-8; 1 Co 15, 8-10). En estos pasajes Pablo cuenta cómo Dios le reveló a su Hijo, que debía anunciar a los gentiles, y cómo recibió el Evangelio que ha venido predicando. Pablo subraya que su vocación viene directamente de Dios y no de ningún hombre y, por ello, tiene derecho a ser considerado como apóstol. En la narración de Lucas no se dice nada de ese Evangelio, sino que Pablo es encaminado a la Iglesia, por medio de la cual aprende la historia de Jesús. Ananías es quien lleva a Saulo a incorporarse



a la Iglesia cristiana en Damasco. Pero Lucas ha resaltado igualmente que ha sido el mismo Jesús, el Señor, el que ha hablado a Saulo. Aun cuando Ananías ha sido un mediador para la curación, el bautismo y la aceptación de Saulo en la Iglesia, es Cristo resucitado el que ha llamado a Saulo y el que ha dado a Ananías el encargo de actuar en relación con él.

La actividad evangelizadora de Pablo, en comunión con Pedro y los demás apóstoles, y su enseñanza sobre la unidad de la Iglesia hacen de él un modelo actual para nosotros en esta jornada de clausura de la oración por la unidad.

Llamado al apostolado como fuera de tiempo, no tuvo la oportunidad de disfrutar de la pedagogía de Jesús, el Maestro, durante su vida terrena. Y tampoco tuvo ocasión de aprender la convivencia fraterna con los demás discípulos. Pero en la tradición viva de la Iglesia ha recibido la enseñanza de Jesús: “Que todos sean uno... para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21). Y la total entrega a la voluntad del Señor, le llevó a Jerusalén para conocer a Pedro y estar junto a él quince días, como expresamente declara en su carta a los Gálatas (Gal 1,18). De nuevo, pasados catorce años, escribe Pablo, “subí otra vez a Jerusalén... impulsado por una revelación y, en conversación privada con los principales dirigentes, les di cuenta del evangelio que anuncio a los paganos, ni fuera que ahora y entonces me estuviera afanando inútilmente.” (Gal 2, 1-2).

Pablo busca la garantía de la rectitud de su predicación en la comunión con los otros apóstoles, pero, a la vez, frente al acoso de los judíos cristianos que consideraban obligatorio seguir observando la ley, defenderá con gran lucidez y fuerza, ante Pedro, Santiago y los demás apóstoles, la verdad del Evangelio de la salvación por la fe en Jesucristo. Con esta práctica y enseñanza, frutos de su experiencia de encuentro con el Resucitado, mostrará a la Iglesia el camino a seguir en la evangelización de todos los pueblos, sabiendo distinguir la misión que al pueblo de Israel le había correspondido en el tiempo de preparación de la venida del Mesías, de la misión universal que la Iglesia había recibido para salvación de todos los pueblos por la fe en Cristo. A señalar este rumbo para la Iglesia en Antioquia (Gal 2,11) le ayudó Pablo a Pedro, el cual había sido orientado por el mismo Espíritu Santo a la hora de admitir al pagano Cornelio al bautismo (Hch 10 y 11,1-18). Se trataba de la recta interpretación del sentido de la revelación de Dios en fidelidad a la misma voluntad de Dios, expresada en su plenitud en Cristo. De algo semejante se trata siempre en la búsqueda de la unidad de la Iglesia, no como resultado de un pacto humano, sino en fidelidad a la voluntad de Dios, discernida rectamente y seguida con decisión. Pablo fue el más clarividente promotor de la unidad de la Iglesia naciente, en fidelidad a la verdad del Evangelio, interpretado a la vez en continuidad y ruptura con la historia religiosa de Israel.

Por otra parte, Pablo nos ha transmitido la enseñanza más luminosa en relación con la unidad de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, fundada en el Bautismo, el Espíritu Santo y la Eucaristía. *“Todos nosotros, judíos o no judíos, esclavos o libres, hemos recibido un mismo Espíritu en el bautismo, a fin de formar un solo cuerpo.”* (1 Co 12, 13). Por ello, exhorta encarecidamente a los cristianos de Corinto: *“Os ruego...que os pongáis de acuerdo para que no haya divisiones entre vosotros, sino que conservéis la armonía en el pensar y en el sentir... porque...andáis diciendo: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Pedro, yo de Cristo. Pero, ¿es que está dividido Cristo? ¿Ha sido crucificado Pablo por vosotros o habéis sido bautizados en su nombre?”* (1 Co 1, 10-13). La unidad bautismal en el Cuerpo de Cristo es alimentada en la Eucaristía, porque el pan que partimos nos hace entrar en comunión con el Cuerpo de Cristo. Y



Carlos López Hernández

“si el pan es uno solo y todos participamos de ese único pan, todos formamos un solo cuerpo.”
(1 Co 10, 17).

Nuestra Eucaristía diaria es una llamada a la unidad del único Cuerpo de Cristo, redimido con su sangre y consagrado y habitado por su Espíritu. La Eucaristía restaura, mantiene y edifica a la Iglesia en la unidad de forma creciente.

Nota: ---- Homilía incompleta. A partir de aquí D. Carlos pronunció el resto de palabra. No consta escrito en el archivo.